

LAGARTO REY

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

Gnomon es una colección de Ediciones Doce Calles dedicada a textos literarios

EDICIONES DOCE CALLES
Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)
Tel.: (+34) 91 892 2234
www.docecalles.com
docecalles@docecalles.com

© del texto: Javier Medina Bernal
© de la ilustración: Guillermo Serrano
© del prólogo: José Carlos Rodrigo Breto
© de la presente edición: Ediciones Doce Calles, S.L.

ISBN: 978-84-9744-490-3

Depósito legal: M-26515-2024

Impreso en España. *Printed in Spain*

Javier Medina Bernal

LAGARTO REY

 gnomon

ÍNDICE

Prólogo	9
Capítulo I	15
Capítulo II	25
Capítulo III.....	35
Capítulo IV.....	45
Capítulo V.....	57
Capítulo VI.....	65
Capítulo VII.....	77
Capítulo VIII.....	85
Capítulo IX.....	105
Capítulo X.....	107

PRÓLOGO

JAVIER MEDINA BERNAL Y LAGARTO REY: EL REPTIL BORRACHO EN EL OJO DEL ESCRITOR

En *Lagarto Rey* aparecen algunos de esos procedimientos narrativos innovadores que se asientan en una agresividad verbal inusitada y que han proliferado en la literatura hispanoamericana de los últimos años, en concreto aquella que puede definirse como literatura de frontera o más concretamente transfronteriza.

En el interior de la narración se substancia esta carga transfronteriza y transcultural con una mezcla de personajes y discursos panameños, argentinos, mexicanos e, incluso checos, todos sumidos en el torrente de la poderosa arenga de la voz protagonista. Porque digámoslo sin perder ya más tiempo, la voz protagonista, esa primera persona que subyuga y arrebatada por su violencia y delicadeza, es el gran acierto maestro narrativo de Javier Medina Bernal. Esa voz es su novela *Lagarto Rey*.

Esa voz que no puede callarse, la voz de un borracho que en la primera línea de la novela ya se confiesa con el gozo de la embriaguez que tal vez solo experimentó así aquel Santo Bebedor de Joseph Roth:

«¡Ja! Soy alcohólico. Sí. La reputa de alcohólico. ¿Y qué?».

Desde aquí, esa voz está capacitada para desgranar el tipo de discurso que desee. A veces lo impregna con un toque de lirismo al estilo de aquel otro literato-Tourette enfermo de palabras y que con sus versos construía discursos, Nicanor Parra; en otras ocasiones es una voz dura y certera que con nitidez se fija en lo turbio del mundo que nos rodea. Esta voz es un recurso fundamental de lo que podríamos denominar el realismo sucio, un género muy en boga en estos tiempos, no solo en la literatura hispanoamericana.

La mayoría de los críticos suelen situar el nacimiento del realismo sucio como género literario a caballo de los años 1970 y 1980, pero en opinión de uno de sus máximos exponentes, Charles Bukowski, y también en la mía propia, el abanico temporal es mucho más amplio y será John Fante el iniciador de esta corriente (así designado por el propio Bukowski en el prólogo que escribe a la novela de Fante, *Pregúntale al polvo*), aunque para la crítica uno de los claros antecesores sea J. D. Salinger, con un realismo sucio tal vez encontrado en sus cuentos, pero que en absoluto creo que aparezca en sus novelas.

Las características del realismo sucio son minimalismo, parquedad en la expresión, concisión. Es lo contextual y no lo formal lo que aplasta al lector, lo que impacta sobre nosotros a la hora de llevar a cabo la lectura. Como ejemplos definitorios de la corriente se podrían citar la ya mencionada *Pregúntale al polvo* (1939) y *Camino de los Ángeles* (1933) —aunque escrita en 1933, sólo se publicó póstumamente en 1985, y su éxito inició una recuperación de la obra del autor— ambas de John Fante, y *Cartero* (1971) de Bukowski.

Considerado como gran maestro del realismo sucio, también aparece el cuentista Raymond Carver, aunque se debe tomar con prudencia su trabajo y su producción a la vista de las reveladoras confesiones de su editor Gordon Lish (parece que su tarea alcanzaba mucho más allá que la de ser mero editor, actuando casi de coautor y retocando muchísimo, hasta la reescritura, algunos de los textos de Carver) y quizás cierta fase de Hemingway.

Otros autores que, siempre según la crítica, caben en esta definición de realismo sucio, son el norteamericano Chuck Palahniuk,

fundamentalmente con su éxito *Club de lucha* (1996), y ya en el ámbito de lo hispánico el poeta Roger Wolfe —aunque nacido en Inglaterra, se ha criado en Alicante, y su poesía y producción literaria ha sido en español—, el también poeta, el vasco Karmelo C. Iribarren, el novelista cubano Pedro Juan Gutiérrez con su *Trilogía sucia de La Habana* (1999), una tendencia de gran arraigo en Cuba, asentada en la pulsión sexual, como una vía sexual de escape a la dictadura, mientras que en Costa Rica, el realismo sucio es manejado por el novelista y cuentista Faustino Desinach, pero como una manera de denunciar y poner de relieve una realidad enferma y empobrecida: la denuncia de los más desfavorecidos y marginales. Con ello se nos presenta un doble aspecto de la corriente según el país en el cual se inscriba: sexo liberador de la realidad o denuncia escatológica de esa misma realidad, pero una realidad, en ambos casos, insoportable.

Todas estas referencias literarias aparecen en la novela, desde el Chinaski *bukowskiano* hasta Jaime Sabines, que pueden encontrarse junto a Cabrera Infante o Rulfo. También están presente las referencias musicales, desde el mismo *Lagarto Rey* que hace referencia al venerado Jim Morrison de The Doors, pasando por Silvio Rodríguez o Jeff Buckley, hasta Pablo Milanés, porque el protagonista es un cantautor perdedor, de abultada panza cervecera, acusado de plagio incluso por el artista español Depedro, y que al final no consigue colocar sus canciones para que las cante Paulina Rubio —una delirante posibilidad que ofrece la novela— ni para que las cante nadie.

Así que lo cierto es que la realidad también es insoportable para el narrador-protagonista de la novela de Javier Median Bernal. De ahí su inmersión en la bebida y esa apreciación deformada de lo que le rodea. Por todo ello, en *Lagarto Rey* se exploran también fenómenos de marginación urbana, ligados a la locura, al desequilibrio producto del alcohol, y la represión social, psíquica y sexual.

Esta es una tendencia habitual de la variación hispanoamericana del género, que incorporará en su discurso áreas de la vida social censuradas en el discurso literario tradicional (el ámbito del

sexo, de lo indecente, el mundo de la prostitución o el alcoholismo, lo que no se dice ni se escribe públicamente) junto a la apropiación de los nuevos discursos urbanos de los marginados.

De esta manera, se consigue una ruptura del equilibrio del discurso, que así se vincula con posiciones postmodernas, y plantea desde una posición distanciada y transgresora la reivindicación de las culturas marginales y de la contracultura, así como la revisión crítica de los mitos y construcciones ideológicas. Todo ello con expresiones repletas de coloquialismos que proporcionan gran inmediatez y complicidad con el lector. Veamos este párrafo de *Lagarto Rey*:

«Ya vuelvo.

Ya volví.

Buscaba otra cerveza».

Gran parte de la producción narrativa de este realismo sucio se construirá como una reacción crítica a los procesos de desintegración social, descomposición moral y corrupción generalizada que se darán en los países de Hispanoamérica a partir de 1980. Diversos aspectos, como las estrategias revolucionarias o las contrarrevolucionarias, la venta o la entrega del país a la corrupción y a la hipocresía política, el lavado de dinero y el narcotráfico, la marginación cultural y social, la destrucción ecológica, serán tratados en los textos: la deformación carnavalesca, lo paródico, las metamorfosis y desdoblamientos, el humor grotesco y el esperpento, todo ello empleado para ofrecer la imagen de un mundo dislocado, mundo en deterioro y descomposición, en donde las fantasías o las apariencias se contraponen a un mundo deforme, clandestino o marginal, regido por la exclusión, la represión y la violencia, el trastrueque de identidades y la enajenación. Elementos, todos ellos, muy de actualidad en la narrativa de Javier Medina Bernal y en su peculiar visión de Panamá.

En efecto, todo el libro de *Lagarto Rey* está atravesado por ese lenguaje popular, sencillito, que narra las historias de la gente común, también de quienes se mueven en las zonas limítrofes de la sociedad.

Tan límites que dan lugar a escenas delirantes, como el entierro del profesor Luigi. La obra cuenta, así, con la originalidad del mundo que refleja y en el cual se ubica la acción: un país de América Latina en donde las raíces indígenas permanecen bien presentes. Lo que de inmediato nos fusiona con cierto realismo mágico.

Esta afirmación puede sorprender en un principio, dada la mayoritaria tendencia de los cuentistas hispanoamericanos de finales de siglo XX y de principios de XXI a desmarcarse del realismo mágico, al que reconocen y tributan su agradecimiento, sin renegar de él, pero con el que no quieren identificarse.

En Javier Medina Bernal no parece existir ese problema: crea así, en su texto, una curiosa oposición de realismo sucio frente a realismo mágico cuyo resultado es el de una ciudad como Panamá que muy bien podríamos definir como *ciudad sucia*, al igual que las apariciones de México D. F., sumándose así a otras *ciudades sucias* del tipo de La Habana, San José o Río de Janeiro, por ejemplo, y en el ámbito externo de lo latinoamericano, San Francisco, Nueva York, Ámsterdam.

El discurso del protagonista de Javier Medina Bernal es un discurso que a menudo califica como *juanrulfiano*, y no es en vano, dado que gran parte de la novela la pasa charlando con fantasmas: su abuela, su prima lola, su editora de prensa, el profesor Luigi. Y ya sabemos que, gracias a Rulfo y a esos fantasmas de *Pedro Páramo*, podemos beber en las raíces del realismo mágico.

Quizás, este híbrido literario que aúna realismo sucio y realismo mágico pueda dar como producto, también, la tendencia apuntada por algunos críticos, la llamada Gótico Tropical. En principio, parecer ser una corriente literaria originaria de Costa Rica. Para el crítico y escritor Juan Murillo, se trata de:

«una parafernalia gótica —una puesta en escena gótica (con referentes a la locura, los cementerios, los fantasmas, el espiritismo, la brujería...), etc., cohabita con un naturalismo descriptivo de escasez de recursos, apenas descriptivo y que utiliza problemas escabrosos y de miserias sociales en la ciudad de San José como ambientación para el desarrollo de las historias».

Un vistazo rápido y desnudo demuestra que este realismo sucio minimalista lo que hace es denunciar y tomar posición frente a lacras y dramas, frente a parte de esa tradicional cultura de la violencia que se ha expandido por Latinoamérica como un maremoto originado en la novela de la violencia colombiana (con profusión de sicarios y asesinatos), pero producto no sólo de una moda sino de una realidad: los países más desarrollados de la Latinoamérica actual hace mucho tiempo que dejaron de ser las *Suizas de Centroamérica* para convertirse en países corruptos y peligrosos. La voz narradora de *Lagarto Rey* bien lo sabe:

«en esta Latinoamérica de buitres y hienas es importante saber inglés —el idioma del enemigo— para poder humillar a los que no saben».

En efecto, este es un lenguaje directo, rápido como un disparo o un puñetazo, que te derrota por nocaut, que aturde al lector, un lector sobrepasado, muchas veces, por la verdadera dimensión de las situaciones disparatadas narradas en torrentera y que, gracias a eso, a esa ausencia de lo que sería el regodearse o el entretenerse en lo profundamente truculento, el texto no cae en el tremendismo sencillito y resulta enormemente eficaz. Porque el panzón protagonista lo tiene clarísimo:

«Bebo para escapar (ni siquiera para olvidar), no para hacer amigos ni ser leyenda».

Es *Lagarto Rey* una disección de la realidad de Hispanoamérica mediante la simpleza de una exposición verbal de acusada oralidad, con el gozo del abrazo del amigo de taberna y la espuma de las cervezas: tan fácil y tan directa como los resortes de la locura, la borrachera y la muerte. Y es en esta sencillez en donde el vozarrón etílico de su protagonista consigue un eco amplificado tan divertido como profundamente literario.

—José Carlos Rodrigo Breto.

I

¡Ja! Soy alcohólico. Sí. La reputa de alcohólico. ¿Y qué?

También era columnista de un periódico y componía canciones para cantantes de música popular. Era un ángel —demonio— polifacético (aunque ni tanto) —demonio no: daimón, daimón—. Pero eso no importa. Lo importante, lo primordial y chingón, como dicen mis amigos los mexicanos hijos de la chingada, es que me gusta el aguardiente, el guaro; la cerveza, para ser específicos. La cerveza y las mujeres. Ay, las mujeres. Puta madre, las mujeres. Amigos, sépanlo: a las mujeres, en realidad (créanme, se los ruego), les gusta la panza cervecera. Más adelante ahondaré en esto. Sigo: soy un cabrón bebedor profesional. Si hicieran un Mundial de Bebedores yo ganaría el primer lugar. Lo llevo en la sangre. Mi padre era bebedor consumado, consumido y desaparecido. Nunca bebí con él. Alguna vez prometí que nunca bebería. Recuerdo bien cuándo y dónde lo prometí. Íbamos pa la playa en un camioncito de tercera destartalado y hecho mierda que mi abuela había logrado comprarse después de toda una vida de trabajo y penurias, ya cuando mi padre había desaparecido para siempre tras del incidente de la pizza (ya les contaré). En el vagón estábamos los únicos parientes de parte de padre que conocía: mi primo José y Lola (ay, Lola, mi prima Lola, me enseñó muchas cosas Lola; ya murió Lola); y le dije a José: «Nunca voy a beber ni a fumar». Y José, mayor que yo por tres o cuatro años, se rio. Se rio mucho. Y yo me enojé y Lola me defendió. Luego en la playa, bajo las olas, me agarró de la mano y me hizo que la tocara entre las piernas. Recuerdo que me dio mucha vergüenza (pero a la vez me gustó) sentirle los pelitos. Yo aún no tenía. En fin. Lola ya murió. Hace poco. No lloré. Me fui a beber. Tenía tres meses

intentando no beber y su muerte fue la excusa perfecta para volver al vidrio, a la fiesta, a la parranda. A José no le he hablado más que para lo necesario desde ese día de la playa. No le hablo porque, como ya verán, José tuvo razón en burlarse. En fin, ni hablar de José, que lo detesto por aquello del blanco-muerte y la sangre. No merece ser mencionado. Para empezar, es doctor, y mal doctor, tan malo que está estudiando leyes para defenderse de las demandas que le ponen al muy asesino. En fin... Un trago primero: hmmm, ja. Rico. Listo. Sigo. Como les decía, amigos, soy compositor y de eso vivo. Es una vergüenza, la verdad, pero, vamos, que tampoco es tan basura. En realidad, sí. Escribo cosas como esta: «Te extraño tanto mi amor / que mi corazón sangra sin remedio / por favor, vuelve a mis brazos / te quiero a mi lado». Etcétera. Pongo esas palabras en un papel, escojo unos acordes (do, fa, sol, la menor) y ¡pao!, envío a un par de cantantes que conocí en buenas borracheras y, next thing you know, éxito radial. (Hablo inglés, como ven; pues en esta Latinoamérica de buitres y hienas es importante saber inglés —el idioma del enemigo— para poder humillar a los que no lo saben. Hablo inglés gracias a José, qué vaina). Dato: solo escribo para cantantes femeninas. Son las que más dinero dan. Trato, a como dé lugar (créanme), de no cogérmelas. Pero es duro. Sigo intentándolo, porque con cogérmelas corro el riesgo de enredar las cosas. Ya me ha pasado. A una le compuse varios éxitos radiales y todo iba bien hasta que una noche esto y lo otro y la canción y la letra y el romance y ¡zas!, cagada, muy sabroso todo, pero luego los celos y no bebas ya y vente a vivir conmigo y ya no andes con otras mujeres. A lo mejor todo lo anterior no es más que mi imaginación, porque yo no les intereso a las cantantes y ellas la verdad tampoco me interesan a mí; a mí solo me importan mis tragos (mi guaro) y mis muertos (mi Lola muerta, mi Esmeralda muerta, mi abuela muerta y, ya para no dejar, hasta mi profe Luigi muerto). Pero, solo por joder, imaginemos que es cierto lo de las cantantes y tal y tal. Así que, como decía, los celos y que no bebas ya y que vente a vivir conmigo y que ya no andes con otras mujeres. Y pues así pos no. Te presento a mi primo José, si quieres. Es doctor y, a pesar de que la tiene chiquita y es mal polvo, tiene mucha plata y es un tipo de casa, y no bebe, ¿te apetece? ¡Ja!

Cuando el cantinero me traía la botella de cerveza, yo me ponía en la mesa como si fuera a recibir a un toro bravo: era el banderillero, y pa'l lomo de la botella iban las banderillas; el toro (la botella) venía a embestirme, yo fruncía el ceño, me levantaba, separaba las piernas, apretaba el abdomen, me preparaba para recibir la posible cornada; pero siempre triunfaba (perdía) y la botella (el toro) quedaba puyada y me la llevaba a la boca triunfante. Ahora hago lo mismo, solo que solito en mi casa. Porque allí en la cantina mi prima Lola y el maricón de José me llegaban a la memoria. Sí, allí, en la cantina, me visitaban la imagen de Lola y la voz acusadora y burlona de José. Pero nada, no pierdo el tiempo. A lo que voy, que pa luego es tarde, carnales (como diría mi amigo Foncho, el Mexican, el enjuto, que no sirvió más que para hacerme reír un poco en México, recomendarme una buena pistola antigua y posteriormente para darle un poquito de felicidad a la gorda poetisa de este pueblo cuando vino a visitar). A lo que voy. A lo que voy. ¿A qué es a lo que voy? Mmm, esperen, ya vuelvo. Me duele mi prima, carajo. En fin.

Ya vuelvo.

Ya volví.

Buscaba otra cerveza.

Ya recuerdo. Sí. Soy además de chupaguaro y devoramujeres (exagero, por supuesto)... Ay, las mujeres. Pero mi prima, mi prima. Me duele. Cuando llueve, en la noche, la recuerdo mucho.

Lola. Lola.

¡Bueno, ya está bueno!

Les quiero contar cómo fue que finalmente alcancé la fama como compositor. Básicamente fue porque, a pesar de llevar la estrellita negra de las cantinas en la frente (la muerte en la frente), soy un cochino lechudo.

Con un dinerito que tenía ahorrado decidí irme de viaje y el país elegido fue México, pues siempre tuve afinidad con esa cultura, ya que (creo) alguno de mis ancestros fue mexicano y, bueno, además: la música y la pintura y las cholitas; que me vuelven loco estas últimas. No perdí tiempo. Llegué al Distrito Federal (ciudad de veinticinco, treinta, dieciocho o quince millones de habitantes —nadie se pone de acuerdo—), salí del aeropuerto y me fui a comer

III

Me gustaría escribir canciones profundas, canciones profundas como para ahogarse en ellas; canciones para la historia, canciones para unos cuantos atajados de sueño y perdedores de la vida, un puñado de despelucados y cojos piedreros, canciones —¡ñinga!— de culto; canciones que lleguen no al tuétano, sino —digo yo, pues— a los nervios más sensibles del clítoris tanto de muchachotas como de viejotas, o a los pliegues del culo de los ñaños de comparsa y a los testículos (y también a las arrugas del fundillo, por qué no) de los dizque machotes y padrotes; canciones moja-vaginas, afloja-rectos y para-pingas; canciones inmortales para miserables mortales con sexos y orificios en el cuerpo. Canciones, por ejemplo, como las de Tim Buckley, el papá de Jeff Buckley, o como las del mismo Jeff, gran cantante y guitarrista cuya madre —me enteré por ahí— nació en Panamá —o más bien, para decirlo luigimorenamente, en la Zona del Canal incrustada en suelo patrio aún no del todo soberano— no sé por qué azares o gringadas de la vida (algo que ver con lo de siempre, seguro: papá militar, o ingeniero, o arquitecto, o doctor, o lo que sea; a fin de cuentas, bases militares y white privilege, y del otro lado los negritos y mestizos de cabello cuscús y de piel oscura como el ojo del ano; qué voy a saber yo, yo no sé nada, es pura paja de dipsómano sufrido y envidioso).

Cuando escucho a Tim y a Jeff en noches de frío, como me gusta decir siempre («en noches de frío» sería una buena forma de empezar una canción), aunque aquí nunca hay frío, me pregunto, cervecita en mano, lo siguiente: ¿habrá sido significativo este pequeño país tropical para un Jeff nada mamífero ni panzón y sin embargo lo bastante poético y huevasteclas para morir ahogado en

un lago de una ciudad de allá del norte (poco importa cuál) poco después de haber dejado de beber y drogarse gracias a una «exitosa» rehabilitación muy de rockstar?

(Yo prefiero morir intoxicado de alcohol —que me reviente el hígado como un cadáver de perro que las aves carroñeras hayan rechazado— antes que morirme ahogado justo cuando lo que grito empieza a ser atendido, en pleno apogeo —y fuego— musical). Yo prefiero pensar (porque así soy, porque me reconforta, porque me pica el güevo derecho) que ni a Jeff ni a su madre les importó este país en lo más mínimo, porque, de verdad verdaíta, ¿por qué tendría que haberles importado?, ellos a lo suyo y nosotros a lo nuestro; nacer aquí o allá puede ser decisivo a la hora de caminar los caminos con mayor o menor facilidad, pero (aquí o allá) no es motivo de orgullo ni golpes de pecho; y, por añadidura, si aquella cosa abstracta llamada nación, a la que se pertenece por puro caos, se la ha pasado haciendo cagadas durante siglos, tampoco es para sentirse avergonzado y culpable, ¡a tomar lo que nos ha tocado en la rifa y pa'lante! (nada luigimorenístico este comentario, por cierto, chief); además, qué carajo, si luego ya se ve: todo de tu lado, talento, guapura, voz bajapanti, y lo mismo te quedan los pulmones anegados de agua, lo mismo terminas en el fondo, entre peces, pálido y como de porcelana (¿allí en el fondo había peces, Jeff, mi querido Alfonsino Storni guitarrero?).

Si yo me metiera a nadar, sobrio o borracho, en un río o lago o cuerpo de agua de cualquier tipo, ¿me salvaría mi panza, me serviría para flotar o definitivamente me hundiría como hipopótamo al que se le ha olvidado que el agua es lo suyo? No lo sé, la verdad, pero prefiero pensar (porque así soy, porque me azuza el anticristo que llevo dentro, o simplemente porque ahora me pica el güevo izquierdo) que yo flotaría boca arriba, mi vientre hinchado y triunfante, redondo lobo de mar criado en levadura pura y dura. ¡Ay, si tan solo Jeff hubiera sido panzón, ahora estaríamos disfrutando de más composiciones tuyas!

Aquí sigo yo, no obstante, bajando trago tras trago, componiendo basura y media, lloroso y melodramático, seguro de que a Lola, aunque le valía caca el rocanrol y la música gringa en general, le habrían encantado las canciones del ahogado panza plana.

Aquí sigo yo, sin novedades, si no fuera porque acabo de ser demandado por un cantautor español de nombre artístico De Pedro. (El hermano de la chilanga está que se lo lleva puta). Es entendible la demanda, ya que mi canción *Libre como el viento* se parece mucho a una de él que se llama *Como el viento*, no solo —como es evidente y clarividente— en el título, sino en los acordes, la melodía y algunos versos. La canción de De Pedro es, por calle, mejor que la mía. Él la canta con personalidad y sentimiento, con una voz de hombre, con güevos, con ternura e inocencia (es decir, ternura en el güevo derecho; inocencia en el izquierdo). La mía, por otro lado, ya ni siquiera recuerdo quién la canta. Solo sé que es mexicana (recuerden que solo compongo para artistas mujeres), que la canturrea en versión banda y que es terrible; pero ¡cómo se le llenan los conciertos a esa vieja!

Ay (uy), si De Pedro supiera lo feliz y panzón que soy en este pueblo, ni siquiera se hubiera puesto en esa vaina. Yo me desconecto de todo, me tomo una cerveza (en este caso una cerveza gringa de esas que no saben a nada) y me pongo a escuchar la canción Hallelujah, compuesta por Leonard Cohen, cantada por el ahogado flaco (el ahogado «enjuto», habría dicho Foncho el Mexican).

Un ojo que se abría y se cerraba. Se abría y se cerraba. Se abría. Permanecía abierto. Se cerraba. Se quedaba cerrado. Se abría de nuevo. Se abría y se cerraba. El viento soplaba. Abre, cierra, abre cierra. Se abría... Se cerraba. (En calma: se quedaba abierto. En calma: se quedaba cerrado). Seamos claros: estaba yo (de nuevo, una y otra vez hasta el final de los siglos y los sudores, humores y canciones) en el orinal de una cantina de México, D. F., en pleno Zócalo (¡ay, ciudad tentácula, ciudad canina, ciudad de ardor en los ojos y comida callejera y deliciosa que te puede poner a vomitar las tripas y a cagar fuego en un dos por tres; ciudad Fuentes, Paz y Castellanos; ciudad Arreola; ciudad Papasquiario; ciudad Huerta —y otros escritores que mejor no mencionar porque ya, lamentablemente, los hemos conocido en persona y, pues, ¿qué decir?, cagada total—; ciudad Caifanes, Maldita y Barranca; ciudad Juan Gabriel, Beltrán y Tintán; ciudad Chavelita). «En esta ciudad, aquí y ahora, se los juro amigos —cuates, carnales—; en esta ciudad, como en la cueva de Platón —el fuego, las antorchas y los pensa-

mientos puros— nacen los mundos sensibles y el agua que corre y enjuaga» —decía yo agarrándome la picha borracha y muerta (polla muerta, verga muerta, pinga muerta) con la mano derecha y empinándome un tequila con la izquierda—. Afuera, sentada (más bien regada) frente a la barra, me esperaba la hermana del señor de la industria musical mexicana. Allí estaba la chilanga (banda) borracha hasta la zapatilla. «En fin, el orinal es —seguí diciéndome pa mis adentros—, pues, el mundo sensible, la caverna a la que todos entramos cada vez que la vejiga avisa y el esfínter cede». Estaba de pie junto a una pared desconchada y llena de escritos geniales (imagínenselos, que ahora no tengo tiempo). Orinaba, olía a berrinche (aquí le llamamos «berrinche» a ese olor a orina rancia y podrida que es desperdicio y vida y simple ciencia). En fin, yo meaba. En la pared de la derecha había una luz que parecía un ojo, apenas un círculo pequeño que aparecía y se iba, y parecía un ojo, se cerraba y se abría, como venía diciendo. La cosa es más simple de lo que aparenta: fuera del orinal, al lado izquierdo, había palmas de plátano, el viento soplabla y las palmas se mecían y jugaban con la luz del sol, las palmas creaban el abrir y cerrar con la asistencia de un pequeño hoyo en el techo de zinc del orinal, un huequito que era una plegaria para mí, para yo, que era (y soy) el borracho. Los huecos me enamoran porque a veces, cuando así lo deciden, son tan comunicativos, como aquel día en el Zócalo, por ejemplo, cuando uno de esos hoyos me dio un ojo que se abría y se cerraba y era el cielo mismo, o el mero infierno.

Un momento: ¿palmas de plátano en el Zócalo, en México, D. F.?!

Solo les digo esto que me dijo un taxista mexicano una vez: «¡En esta pinche ciudad pinche hay de todo, güey, lo encuentras todo, te lo ofrecemos todo, y si no hay te lo inventamos, hasta una playa te ponemos en el mero centro de la ciudad, cabrón, lo que tú quieras, panameñito, a güevo!».

Pero, en serio, ¿por qué y para qué los celos? Lo teníamos todo, mi chilanga linda; tenías en mí a tu tropicaleño espigado y atractivo, no a pesar de la panza, sino gracias a ella; compositor, columnista cultural consagrado y libre como el viento —*Libre como el viento* fue una canción que me significó treinta mil palos de un solo